



Defensa los bienes comunes frente a las corporaciones transnacionales

La Marcha mundial de las mujeres en su lucha contra la pobreza y las violencias hacia las mujeres avanza en el análisis sistémico de las estructuras sociales, culturales y económicas que las sustentan. En la continua evaluación y revisión de nuestras agendas de lucha hemos identificado que en la defensa de nuestros territorios es frecuente el enfrentamiento a corporaciones transnacionales o intereses transnacionales. Es así que, desde la IV acción internacional, nos planteamos como un campo de acción la defensa de los bienes comunes de las corporaciones transnacionales.

Entendemos que bienes comunes es todo lo que es necesario para sostener la vida dignamente, son las semillas, el agua, el aire, la tierra, pero también es la diversidad cultural, los conocimientos y saberes que nos permiten alimentarnos, comunicarnos, educarnos y mantener procesos productivos, tanto como de descanso, ocio o placer. Son también, los servicios públicos como educación, salud, energía, servicios digitales, transporte, entre otros indispensables para tener vidas plenas.

El concepto de bienes comunes se apoya en prácticas culturales y de compartir territorios donde se gestionan los dones de la naturaleza, para la sostenibilidad de lo que es común a la comunidad. Para nosotras el territorio no es solo un espacio geográfico, sino es la red material, emocional, cultural y de bienes comunes que sostiene y hace posible la vida.

Las ciudades también deben considerarse parte de los bienes comunes en tanto que son territorios donde la vida debe desarrollarse dignamente, y por esto planteamos ciudades con viviendas dignas, espacios comunes para la recreación, el cuidado, huertos comunitarios, servicios públicos al alcance de todas las personas y gestionados por las y los ciudadanos, es decir, ciudades pensadas como territorios comunitarios y no como mercados o almacenes de consumidores.

Las prácticas que las comunidades desarrollan para disfrutar de los bienes comunes sin comprometer el futuro de la diversidad de vidas son resistencia en el presente y estrategia hacia el futuro, desde los feminismos populares reconocemos y visibilizamos la cantidad de tiempo, energía y conocimiento que las mujeres dedican a estas prácticas.¹El manejo del territorio que realizan las comunidades tradicionales recrea continuamente la diversidad biológica necesaria para tener ecosistemas fuertes y sanos y en ese recrear continuo las mujeres tienen un papel fundamental, son ellas quien domesticar especies, guardan e intercambian semillas, crían pequeños animales, transmiten conocimientos sobre hierbas medicinales, manejo de alimentos, el agua, etc.

En el ámbito de las ciudades las experiencias de ollas comunitarias, huertos urbanos, de compostaje doméstico o mercados de compra directa a productores agrícolas crean espacios de relación que fortalecen a territorios y a las mujeres. Muchos de estas experiencias son determinantes para construir autonomías económicas y emocionales que permiten a las mujeres dejar relaciones abusivas, recuperar espacios de la especulación inmobiliaria o de las bandas armadas ilegales o legales, rescatar memorias de gustos y sabores destrozados por la industria alimenticia.

Y como el común supone comunidad, también incluye conflictos y contradicciones y las capacidades políticas para resolverlos dentro del respeto y la construcción de consensos. La decisión política compartida de organizar la vida de otra manera renovada en cada nuevo desafío y las alianzas en diferentes niveles crean mejores condiciones para resistir a los intentos de instrumentalización por parte del Estado o del mercado de los bienes comunes y de nuestras vidas.

La fragmentación de los bienes comunes, “su cercamiento” y el despojo de las comunidades de su gestión para su privatizados está en la base de la acumulación, en el origen mismo del capitalismo que como sistema de opresión múltiple es también, patriarcal, racista y colonialista.

En nuestros análisis sistémicos hemos identificado que la lógica de acumulación, fundada en la fragmentación de los bienes comunes su privatización y la explotación de la naturaleza es incompatible con la sostenibilidad de la vida, y no solo la vida humana sino también de la vida del planeta.

¹ Como nos lo recuerda Miriam Nobre en una entrevista publicada por SOF en: [https://www.sof.org.br/los-comunes-como-practica-tradicional-resistencia-en-el-presente-y-estrategia-hacia-al-futuro-desde-el-feminismo-nos-permite-otras-miradas-hacia-la-enorme-cantidad-de-tiempo-energia-y-conocimiento/#:~:text=Miriam%20Nobre%20\(MN\)%3A%20Entendemos,para%20disfrutarlos%20de%20manera%20compartida.](https://www.sof.org.br/los-comunes-como-practica-tradicional-resistencia-en-el-presente-y-estrategia-hacia-al-futuro-desde-el-feminismo-nos-permite-otras-miradas-hacia-la-enorme-cantidad-de-tiempo-energia-y-conocimiento/#:~:text=Miriam%20Nobre%20(MN)%3A%20Entendemos,para%20disfrutarlos%20de%20manera%20compartida.)



Las políticas neoliberales de privatización de los servicios públicos impuestas por organismos financieros internacionales, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, vulneran derechos fundamentales de acceso al agua, la energía, la alimentación sana, la vivienda, la salud, etc, contribuyen con el empobrecimiento de las comunidades, especialmente de las mujeres, quienes son las primeras en asumir los cuidados que los estados no garantizan y las primeras excluidas de servicios públicos como educación o salud.

Los tratados de libre comercio impulsados desde el norte global mantienen estructuras colonialistas, establecen relaciones desiguales entre los países, se centran en conseguir facilidades arancelarias, imponer precios injustos para la producción local y un modelo de desarrollo basado en la explotación de la tierra y las comunidades. Todas estas prácticas traen pobreza y dependencia económica.

Las corporaciones transnacionales son la cara del capitalismo, son ellas las que avanzan sobre nuestros territorios utilizando la militarización y la violencia como herramientas para el despojo, la privatización y mercantilización de los bienes comunes. Son las que se sirven de organismos internacionales e imponen tratados de libre comercio desventajosos para las mujeres y sus pueblos.

En los últimos años observamos como las cadenas de producción y distribución globales están cada vez más concentradas. Fusiones como las de Monsanto y Bayer son cada vez más comunes determinando una mayor concentración de poder que actúa en muchos más sectores simultáneamente de la economía internacional y nacional, con mayor capacidad de cooptación y chantaje sobre Estados y sus gobiernos, muchas veces cómplices.

Así mismo observamos, que las empresas transnacionales incluyen las crisis ambientales que producen en sus planes de lucro. Es decir, no solo pretenden mercantilizar la naturaleza, nuestros cuerpos y territorios sino también, la crisis misma, mediante un sistemas de compensaciones como el de carbono, o el de plástico. Los daños que están haciendo las transnacionales a la naturaleza no son compensables de ninguna forma. Que una isla desaparezca en Asia y con ella comunidades y toda la red de vida no se puede solucionar con campañas de responsabilidad social de las mismas corporaciones responsables de contaminación. Los cientos de comunidades que pierden sus hogares por los incendios o inundaciones no tienen compensación en políticas tibias de responsabilidad ambiental. Los pueblos cuyos territorios están sufriendo la desertificación y la falta de agua no tienen compensación con bonos de carbono. La pérdida de especies animales y vegetales que pone en riesgo nuestra capacidad de alimentarnos y las capacidades de ecosistemas de existir y reproducirse no tiene compensación con créditos de plástico. Los sistemas de compensación son falsas soluciones que no van a la raíz de la crisis que es, el capitalismo, patriarcal, racista y colonialista.

Las empresas transnacionales exacerban las injusticias sociales mediante prácticas que violan el derecho al trabajo decente. Suelen promover la desregularización laboral, lo que conduce a la explotación y al refuerzo de las desigualdades por sexo, sexualidad, etnicidad, clase y otras categorías socialmente diferenciadas. Como actores claves de la economía capitalista y colonialista promueven el crecimiento sin fin y la eficiencia medida solo en valores del mercado. Las prácticas de las empresas trasnacionales perturban las economías locales, introducen los monocultivos, imponen las industrias extractivas, desplazan medios de subsistencia tradicionales y degradan o acaban con ecosistemas.

También detectamos la captura corporativa de las instituciones internacionales y como esta se refleja en los espacios regionales y nacionales. Desde la pandemia hemos visto como instituciones como la ONU y sus agencias han cambiado sus formas de operar permitiendo que las empresas transnacionales sean cada vez más activas y visibles en la construcción de políticas e involucrándose directamente en la toma de decisiones, ya no solamente desde los espacios de incidencia y patrocinios.

La lógica de acumulación de capital y la lógica de sostenibilidad de la vida son conceptos irreconciliables.



La crisis que sufrimos no es solo una crisis climática es una crisis multidimensional que afecta el clima, la biodiversidad, los cuidados, desplaza comunidades privándoles de sus territorios y de la capacidad para sostener sus vidas.

La crisis ya no es un pronóstico, los eventos climáticos extremos son cada vez más frecuentes, más intensos y devastadores sobre todo para las mujeres, “Despertemos humanidad, ya no hay tiempo!” Es el llamado de Berta Caceres que sigue convocándonos.

En nuestras experiencias de apoyo a comunidades sobrevivientes a desastres naturales o desplazadas por razones ambientales notamos que las violencias y exclusiones que sufren las mujeres, comunidad LGTBQI, pueblos indígenas y afrodescendientes de diversas sexualidades, se agravan. Son más frecuentes las violencias sexuales. El despojo hace más vulnerables a las mujeres, niñas y adolescentes al tráfico y trata de personas, a la esclavitud sexual y la prostitución por alimentos. Se agudizan las relaciones de opresión patriarcales y racistas, retomando incluso prácticas supuestamente superadas. Además, las mujeres, adolescentes y niñas se ven aún más recargadas y exigidas por los trabajos de cuidado.

Pero no solo la naturaleza y nuestros pueblos están en crisis, el capitalismo mismo está en crisis y para salir de la crisis el sistema explota más la naturaleza y expande las fronteras de la explotación. En este marco analizamos las propuestas del capitalismo verde que da como resultado nuevas formas de negocios y de mercantilización de la naturaleza.

La transición energética capitalista sacrifica territorios enteros sepultándolos bajo parques eólicos o de paneles solares, o crea falsas esperanzas de superar la crisis climática con techno soluciones que abren otros campos de explotación minera como lo es el Litio. Todas estas falsas soluciones no van a la raíz del problema: el modelo de producción y consumo no es sostenible, hay que cambiar el modelo basado en empresas transnacionales capitalistas, de mega proyectos, que no ven más allá del lucro.



En esta nueva avanzada de explotación de la vida encontramos el capitalismo digital. Los datos se vuelven un nuevo factor de acumulación de capital, la datificación. Es una frontera más de avance sobre los bienes comunes, el de nuestra información, gustos y hábitos. Los datos no están ahí para ser recolectados, los producimos en nuestras relaciones, interacciones, desde nuestros cuerpos en movimiento, desde la agricultura campesina, nuestra alimentación, nuestros gustos o comunicación. Todo lo que hacemos a través de los teléfonos móviles, computadoras, o frente a cámaras y sensores en las ciudades y el campo generan datos que son acaparados y apropiados por las corporaciones con infraestructuras (softwares, hardwares y servidores) capaces de hacer esta captura de nuestras vidas. El capitalismo digital no solo viola nuestra privacidad, sino que impone un consumo de energía insostenible y altamente dependiente de la minería.

Nos han tratado de vender que no hay alternativas, pero sabemos que si las hay. Las mujeres y comunidades cotidianamente ponen en marcha huertos urbanos, comedores comunitarios, cooperativas que buscan convertir los residuos plásticos en recurso, mercados de intercambio de alimento, bancos de semillas no modificadas, etc, etc, etc, nos empeñamos en recuperar y construir nuestras soberanías territoriales, energéticas, comunicacionales, alimentarias.

Nuestras denuncias

Denunciamos que la crisis es multidimensional: del clima, la biodiversidad, de los cuidados, migraciones, de pérdida de territorios y es producto de un modelo político económico que desprecia la vida, explota la naturaleza, la vida de las mujeres y los bienes comunes solo para el beneficio de élites. En definitiva la "crisis" es producto del modelo de producción, distribución y consumo impuesto por el capitalismo.

No creemos en falsas soluciones que pretendan sostener el mismo modelo de producción y consumo. No es posible poner fin a la crisis multidimensional con fuentes alternativas de energía que dependen de la explotación sin límites de los territorios, del extractivismo, el despojo de territorios a comunidades agrícolas, indígenas, autóctonas y afrodescendientes.



Los tratados de libre comercio, y organismos financieros como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el Banco Mundial, la Unión Europea, el USAid, etc imponen el modelo de desarrollo capitalista y para ello fuerzan políticas económicas y condiciones legales que beneficia la penetración de los poderes de las corporaciones transnacionales, megaproyectos mineros o de producción de energía que implican la privatización del agua, los bosques, la tierra y el despojo de derechos a comunidades enteras.

Denunciamos que las corporaciones transnacionales en sus procesos de cooptación de gobiernos y Estados impulsan políticas de exterminio de defensoras y defensores de los territorios y de criminalización de las luchas de defensa. Promueven guerras por el control de los recursos minerales.

Denunciamos que las millones de hectáreas quemadas en el Amazonas son responsabilidad del agronegocio que pretende ampliar sus territorios para el cultivo de soya o maíz para biocombustibles.

Denunciamos al Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), instituciones financieras antidemocráticas e impunes que llevan 80 años de políticas fallidas para los pueblos y el planeta. Austeridad y miseria planificada, Golpes de estado y regímenes dictatoriales, privatización de derechos básicos y pérdida de soberanía, deudas socioecológicas y climáticas, apropiación neocolonial de territorios enteros, promoción de combustibles fósiles y extractivismo sin límites, guerras y represiones, migraciones masivas forzadas son apenas una pincelada de su legado. Rechazamos la pretensión del FMI y el BM de convertirse en abanderados y garantes de una supuesta “transición verde” frente a la crisis que ellos mismos siguen alimentando.

Denunciamos que los poderes corporativos transnacionales están en la ONU y otros organismos internacionales. Estas instituciones hoy lejos de garantizar el ejercicio de los derechos humanos, se han transformado en un brazo legitimador de falsas soluciones para la crisis multidimensional que sufrimos. Así mismo, denunciamos el extractivismo que practican estas agencias internacionales en los movimientos sociales. Constantemente estamos resistiendo y luchando contra las prácticas de apropiación y vaciamiento de sentido que hacen de nuestras propuestas y conocimientos, pretenden limitar los alcances transformadores de nuestras propuestas que plantean la reorganización de toda la sociedad entorno al sostenimiento de la vida y en ningún momento esboza el conciliar o pactar con el sistema capitalista, patriarcal, racista y colonialista que se ha impuesto en los últimos 500 años.



La privatización de los bienes comunes y de servicios públicos convierten en privilegios el agua, la energía, la vivienda, la educación y derechos fundamentales para el desarrollo de vidas dignas. Aumenta las brechas producidas por la exclusión entre los pueblos y afecta de forma diferenciada y con mayor impacto a mujeres, niñas y adolescentes. Todavía es un hecho naturalizado en muchas partes del mundo que si una familia tiene que escoger a quien enviar al sistema escolar preferirá enviar a un niño; así como mayoritariamente son las mujeres quienes tienen que caminar largas distancias y cargar el agua hasta sus casas, las que dejan trabajos remunerados cuando hay que cuidar a una persona enferma.

Denunciamos la instrumentalización de la narrativa en defensa de los derechos de las mujeres y la naturaleza para justificar guerras y ocupaciones imperialistas.

Denunciamos el extractivismo de datos y su uso como arma contra procesos y alternativas democráticas que desafían el modelo establecido

Nuestras propuestas.

Construcción de **soberanías populares** desde el reconocimiento de acumulados en nuestros territorios de conocimientos y prácticas de soberanía alimentaria, energética, de comunicación, tecnológica y de autogobiernos. Para nosotras construir soberanías populares es luchar contra la violencia patriarcal de la cual se alimenta el monstruo del capitalismo colonialista y racista. Un pueblo o comunidad soberana son aquellos que tienen el control democrático de los procesos y sistemas sociales que garantizan su existencia.

Las mujeres de la Marcha Mundial de las Mujeres reivindicamos la **soberanía sobre cuerpos y territorios**, bajo el lema «mujeres libres, pueblos soberanos», la marcha mundial de las mujeres sintetiza que la lucha por las soberanías populares se entrelazan en un cuerpo que es más que lo contenido por la piel y un territorio que no es solo un espacio geográfico. Tanto cuerpo como territorio es un entramado de relaciones sociales que se insertan uno en el otro, es así que nos esforzamos por entrelazar nuestras luchas.



Economía feminista como estrategia para hacer frente al capitalismo racista y patriarcal y construir sociedades basadas en la sostenibilidad de la vida. Esto implica que ninguna deuda es más importante que el garantizar servicios públicos. Ninguna vida es más importante que otra. Reconocer que somos seres interdependientes que necesitamos cuidar y ser cuidados, Que como cualquier otra vida en el planeta somos partes de ecosistemas y que nuestra supervivencia depende de la salud de nuestros ecosistemas.

Justicia ambiental que articule la diversidad de sujetos políticos (mujeres, pueblos, comunidades y movimientos sociales) en torno a agendas políticas orientadas a la democratización del poder y la soberanía de los pueblos, la construcción de la agroecología, la desmercantilización de la naturaleza, el desmantelamiento del poder corporativo y la desmilitarización. La crisis multidimensional tiene un impacto diferenciado en las mujeres, comunidades indígenas, afrodescendientes, en los pueblos del norte y el sur global, y este impacto diferenciado está determinado por el colonialismo, el patriarcado, el racismo elementos de opresión fundamentales para mantener el sistema capitalista.

Transición energética justa proponemos abrir un debate franco sobre cuál es el modelo energético que realmente garantice la vida en el planeta. Es fundamental establecer acuerdos sobre los principios y prácticas que guían una transición energética justa, feminista, antirracista, anticolonialista y anticapitalista. Que reconozca la interdependencia entre todos los seres vivos del planeta tanto como nuestra eco-dependencia.

Soberanía alimentaria y agroecología. La Marcha Mundial de las Mujeres participa en la construcción feminista de los debates y luchas por la soberanía alimentaria. El concepto de soberanía alimentaria, que compartimos con La Vía Campesina y movimientos aliados, plantea que no basta con comer, sino que la población debe poder decidir sobre la calidad de lo que se come, y cómo producir y distribuir los alimentos sin que esto afecte a otras formas de vida. Las mujeres luchamos por una relación con la tierra que esté al servicio de la vida y de la diversidad de modos de vida.

Recuperar la historia de lucha, construcción de poder popular, y profundizar en el rescate y generación de conocimientos propios a través de procesos de formación política que contribuyan en la construcción colectiva de soluciones reales a la crisis multidimensional que padece el planeta.